

LA IGLESIA EN LOS ORIGENES DE LA LLAMADA “CUESTION SOCIAL”

S. S.

Entre las muchas afirmaciones desprovistas de verdad que se oyeron en el Seminario Nacional de Educación Moral está la siguiente: Que la Iglesia iba a la zaga de las cuestiones mundiales, y se trajo como prueba fehaciente de lo dicho que la Encíclica de León XIII sobre la cuestión obrera se publicó mucho más tarde de cuando ésta se había originado.

Quien tal dijo debiera saber que la Iglesia, es decir sus autoridades, no son sólo los Papas sino que a una con él lo son los obispos como más próximos representantes de la autoridad eclesiástica para las cuestiones que se originan en sus respectivas diócesis o naciones. De ordinario las intervenciones episcopales deben preceder a las papales. De aquí que mucho antes que el Papa, puede haber hablado a la Iglesia por boca de sus obispos, cosa muy conforme con su constitución jerárquica, con la naturaleza de los mismos asuntos y aún con las condiciones físicas de comunicación, mucho menos favorables en los tiempos pasados que en los presentes.

Aún así y todo la Encíclica “Rerum Novarum” sobre la condición de los obreros publicada el 5 de Mayo de 1891 llamó extraordinariamente la atención como algo nuevo e inusitado en medio del ambiente liberal del *laissez faire* de aquel tiempo. Precisamente comienza el Papa sincerándose del derecho que tiene la Iglesia para hablar en un asunto que a primera vista parece estuviera fuera de su órbita. Con razón se ha llamado a esta Encíclica la “Carta Magna de la libertad de los obreros” puesto que ha sido desde entonces el gran documento inspirador de las directivas que instituciones y naciones han seguido para la debida solución de la cuestión social.

Más que el pretendido retardo en su publicación, que no lo hubo ninguno para su tiempo y para esta clase de documentos, se había de destacar el retardo entre nosotros de su conocimiento y aplicación, por lo que fué doblemente extraña e inoportuna la alusión que de ella se hizo, a parte de lo ofensiva que pudiera resultar ante tantos hijos e incluso sacerdotes de esa misma Iglesia que colaboraban con su activa presencia en el mencionado Seminario.

Oportunamente la injusta acusación tuvo su adecuada respuesta en un erudito artículo del Excmo. Mons. Rafael Valladares (Diario Latino, 18 agosto, 1958) en el que hace ver la perspicaz solicitud de la Iglesia muy anteriores al marxismo respecto a las relaciones con el mundo del trabajo.

Las presentes líneas se van a limitar al papel representado por la Iglesia cuando por obra de Marx y de Lassalle irrumpió en el escenario mundial lo que con mayor o menor propiedad se ha venido llamando desde entonces "la cuestión obrera" o "cuestión social". Nos bastará compendiar la obra de Kannengieser, a nuestro alcance, sobre Ketteler y la organización social en Alemania.

Y comencemos por señalar algunas fechas. La cuestión social en el sentido que hoy se entiende esta expresión se suscitó el año de 1848 cuando Engels y Marx publicaron su Manifiesto Comunista que es el gran credo del socialismo mal llamado científico; más a pesar del manifiesto y de la obra "El Capital, de Marx", la acción socialista era muy débil. Para poner en agitación el mundo obrero faltaba el genio organizador de Lassalle. El movimiento comenzó a llamar la atención cuando en 1862 lanzó Lassalle su famosa Réplica, programa del futuro partido, comenzando en seguida su odisea a través de toda Alemania, corriendo de Leipzig a Colonia, de Hamburgo a Maguncia, como predicador en todas partes de la buena nueva de la redención socialista.

El campeón católico que debía oponerse a este apostolado revolucionario era Mons. Guillermo Enmanuel Ketteler. Hijo del barón Enmanuel Ketteler y de su santa esposa, nació el 25 de Diciembre de 1811 en pleno país sajón en la antigua ciudad de Munster. Educado cristianamente en un hogar modelo y cursados los primeros estudios, fué enviado a los 13 años al Colegio de los Padres jesuitas de Brieg en el Vallais (Suiza). A los 18 ingresó en la carrera de Derecho en la Universidad de Gottinga y estudió en las de Heidelberg y Munich, distinguiéndose por la fogosidad del carácter, la tenacidad en el trabajo y la destreza en los deportes. En 1834 fué nombrado refrendario del gobierno de Munster. Cuando en 1839 el gobierno prusiano encarceló al Arzobispo de Colonia Mons. Droste-Vscherling, Ketteler indignado por esta brutalidad dimitió, porque según dijo "no quería servir a un gobierno capaz de semejante injusticia". Fué el principio de su vocación sacerdotal. Retirado a Munich, desde donde siguió atentamente las "diabólicas infamias" que se cometían en su país, "ante las que era preciso tener un órgano digestivo muy sólido para no morir de rabia a la vista de estas atrocidades" se decidió a la carrera sacerdotal "para tomar una parte muy activa en el conflicto eclesiástico". Tres años después y a la edad de 30 ingresaba en el Seminario de Eishstätt para pasar muy pronto a la Universidad de Munich.

En Munich Ketteler se relacionó con todo lo más granado de la sociedad católica: Gorres, Dollinger, Mohler, etc., y el 1º de Junio de 1844 fué ordenado de sacerdote en su ciudad natal de Munster. Pocas semanas antes había asistido en el lecho de muerte a su amada madre, cuyo recuerdo le acompañara toda su vida. Vicario, luego, de la pequeña ciudad de Beckum, a los dos años párroco de Hopsen, dió en estos cargos admirables ejemplos de todas las virtudes, en especial de amor a los pobres, en cuyo favor se desprendió de todo su patrimonio el año 1847 con ocasión de una gran escasez. En esto llegaron las elecciones para el Parlamento

de Francfort y el barón Guillermo Manuel Ketteler, en un país de inmensa mayoría protestante, fué elegido casi por unanimidad el 1º de Mayo de 1848 para diputado, comenzando para él con este nuevo nombramiento una nueva era de su vida.

El luchador demócrata, social y religioso.

¿Quién sería aquél humilde cura de aldea salido del fondo de Westphalia? ¿Qué papel representaría en el Parlamento de Francfort, reunido en la Iglesia de San Pablo? Podemos caracterizar su acción en los años intermedios a su ascensión al episcopado comenzando por decir de él que se mostró el defensor de las libertades democráticas en favor de la familia y el municipio, "escuela práctica de política". Siempre que la familia y el municipio puedan lograr por sí mismos su fin natural, no se les debe mermar su libre autonomía". Al poco tiempo de su elección, en la célebre oración fúnebre del príncipe Lichnowskosy y del general Aüerwald, muertos en una revolución dirigida a derrocar el gobierno del archiduque Juan, echó en cara a las clases directoras la culpa de lo que estaba ocurriendo porque ellas habían pervertido al pueblo: "si quebranta las leyes humanas es porque habéis arrancado de su corazón las divinas".

Hemos indicado que el año 1848 publicaron Engels y Marx su célebre Manifiesto Comunista. A su vez los católicos ese mismo año y en Maguncia, centro histórico del catolicismo alemán, reunidos en número de 200, entre ellos 23 miembros del Parlamento de Francfort, iniciaban la serie de los célebres congresos católicos alemanes llamados gráficamente por el gran Wischort "las maniobras de otoño" que este mismo año de 1958 acaba de reunir en Berlín del 13 al 17 de Agosto para el acto final en el Estadio Olímpico "majestuoso acorde de un gran acontecimiento" a 170.000 católicos del Este y del Oeste de Alemania. (1)

Pues bien, Ketteler fué uno de los oradores más aplaudidos en el primero de estos Congresos Católicos Alemanes reunido en una de las salas del palacio episcopal de Maguncia para discutir los intereses religiosos y políticos de su patria. En su discurso "La libertad de la Iglesia y la crisis social" Ketteler, como verdadero profeta, denunciaba el peligro del incipiente socialismo que veía alzarse en el porvenir, indicaba las causas de él e invitaba a sus amigos a buscar el remedio. A sus ojos esta cuestión era más importante que la de saber quien abría de ceñir la corona de Carlomagno, si Prusia o Austria, en una época en que los hombres de Estado descartaban con una sonrisa de desprecio la cuestión social para ocuparse de sólo la política. Ketteler, en cambio, estudiaba los fenómenos económicos y sus consecuencias, porque, según diría más tarde, "la cuestión obrera es mucho más importante que las cuestiones políticas".

Impregnado de estas ideas, Ketteler buscaba una ocasión propicia para exponerlas a la luz del día. Las discusiones de la asamblea de Francfort sobre los derechos fundamentales resultaban cada vez más estériles;

(1) Este Congreso ha sido el 78º de los hasta ahora celebrados. Su tema: "Nuestra preocupación, el hombre; nuestra salvación, el Señor". Al acto conmemorativo de los mártires de los años 1933-1945 asistieron 30.000 hombres; a la Misa de la juventud, 15.000 jóvenes, bajo una lluvia torrencial; a la Misa de las mujeres, unas 60.000, en la plaza del socialista Augusto Bebel, en el Este de Berlín, ante las ventanas de la Dirección del S.E.D. de Berlín, ante las nuevas ventanas de la Dirección del S.E.D. de Berlín. (S.E.D.—Partido Socialista Unificado).

se hablaba por los codos y "la farsa parlamentaria" como decía Malinchrod daba ya grima a los espíritus serios; muchos diputados al entrar el otoño se habían retirado a sus países y Ketteler, uno de los primeros, lo hizo a Maguncia y el obispo de la ciudad, Mons. Kaiser, admirado de la fogosa elocuencia del joven diputado wesphaliano, le rogó que diera en la catedral una serie de conferencias sobre el asunto que más le agradara.

Ketteler aceptó predicando en Noviembre el célebre ciclo de sus seis discursos sociales que hicieron época en Alemania. Los temas fueron: **De la doctrina católica sobre el derecho de propiedad, de la libertad moral, del destino del hombre, de la familia, de la libertad de la Iglesia.** "Hora y media antes del sermón —dice un testigo presencial— estaba completamente llena la vasta nave del templo. Católicos y no católicos y aún judíos en gran número, se presaban al pie del púlpito reuniéndose cada día más de 6.000 personas para escuchar al sacerdote parlamentario de Francfort". Las muchedumbres inquietas se volvían hacia el novador o mejor dicho hacia el restaurador de los grandes principios cristianos. A pesar de su delirio por la libertad, el siglo IX compartía las ideas de Voltaire, que sólo veía en el pueblo a la canalla. Ketteler resolvió remar contra las olas y remontar la corriente. El gran mérito de Ketteler consiste en haber desplegado, así en el terreno de la ciencia como en el de la vida práctica, la bandera de la reforma social católica constituyendo un sistema fundado en la moral social mucho tiempo antes de que Lassalle hiciera su ruidosa aparición.

No nos detendremos en la lucha de Ketteler a favor de la libertad de la Iglesia contra el liberalismo infiltrado aún en las mismas filas clericales y contra la masonería tan despreciadora del pueblo como Voltaire y tan opuesta a la religión revelada como lo demostró en su célebre folleto "Un creyente cristiano ¿puede ser masón?" Tampoco diremos nada de su activísima participación en las luchas del Kulturkampf contra las leyes anticatólicas de Bismark. Nos precisa verle actuar en el episcopado con el carácter que le ha reconocido la posteridad:

El obispo social.

Ketteler, a raíz de sus célebres discursos fué nombrado arcipreste de la Iglesia de Santa Eduvigis de Berlín. La última vez que el Arzobispo de Maguncia Mons. Kaiser salió de su palacio fué para agradecer a Ketteler el espléndido cumplimiento de su invitación. A la vuelta de la visita vióse acometido de una violenta fiebre que lo llevó al sepulcro ocho días después. En Berlín fué a buscar a Ketteler el nombramiento de obispo de Maguncia por Su Santidad Pío IX, deseoso de dar a aquella ciudad "un obispo según el corazón de Dios". El 16 de Julio de 1850 hacía su solemne entrada en la ciudad. Durante 27 años, entregado en cuerpo y alma a su deber pastoral lo vieron sus contemporáneos renovándolo todo, transformando su vasta diócesis dotándola de magníficas instituciones, sin dejar de ser el infatigable iniciador de los estudios sociales, ni de seguir de cerca la agitación obrera.

Concretándonos a la labor social del gran obispo lo iremos presentando a la luz de sus principales actuaciones.

El teórico de los principios sociales cristianos. — Cuando Mons. Ketteler vió a Lassalle predicando el socialismo por toda Alemania y a las

multitudes encadenadas por sus halagüeñas promesas, resolvió asestarle un rudo golpe oponiendo al Manifiesto Socialista un manifiesto católico en su obra la "Cuestión obrera y el Cristianismo".

En ella expone claramente la situación de la clase obrera abandonada a las fluctuaciones de la oferta y la demanda. "No conozco nada más deplorable que este hecho.... Para los esclavos de nuestra vieja Europa liberal todo lo es el mercado, cortado por el padrón de la masonería y del liberalismo filantrópico, perspicaz, anticristiano".

Ketteler enumera dos causas principales de esta situación: la libertad industrial ilimitada que ha destruido las antiguas corporaciones y la preponderancia del capitalismo que reduce cada día el número de obreros independientes y aumenta las masas proletarias.

"La esclavitud incita a la revolución y la revolución organizada se llama hoy socialismo".

Ketteler expone los remedios para contenerlo: La caridad centuplicada, la instrucción religiosa, de manera especial la familia cristiana. Vienen luego las agrupaciones sociales; las asociaciones productivas en favor de la clase obrera con otro espíritu que las de Lassalle.

La obra de Mons. Ketteler dió rápidamente la vuelta a toda Alemania y quedó con ello convertido en el obispo de los obreros a quien acudían en sus dificultades. Amigos y adversarios la leyeron con el mismo interés y el mismo Lassalle señaló su aparición en una gran asamblea celebrada en Bremen y habló del obispo con respetuosa admiración. Por su parte Ketteler hacía justicia a Lassalle reconociendo el fundamento de muchas de sus críticas, pero condenando enérgicamente el espíritu general de su obra que era el espíritu anticristiano. Por eso, contestando a unos obreros sobre si podrían ingresar en la Arbeitsverein de Lassalle les decía "me veo en la precisión de ponerlos en guardia contra esos falsos amigos que pretenden socorrerlos sin la ayuda de Dios; se engañan necesariamente".

El reformador práctico y vindicador de los injusticias sociales. En una de sus visitas pastorales tuvo Mons. Ketteler ocasión de reunir un gran número de obreros en la peregrinación al santuario de la Virgen, Notre Dame des Champs, cerca de Offenbach. Con esta ocasión les dirigió su discurso capital sobre el **Movimiento obrero y sus relaciones con la religión y la moral**. La cuestión de los principios había sido tratada en la obra la Cuestión Obrera y el Cristianismo; ahora entraba en el terreno de las reformas prácticas y las justas reivindicaciones obreras:

El aumento del salario, que debe corresponder al verdadero valor del trabajo; la disminución de las horas de trabajo para que el obrero tenga tiempo de dedicarse a cumplir sus deberes de esposo y padre; el reposo dominical, contra la detestable del lunes llamado "azul", de profundas repercusiones en contra del bien moral y material de los obreros; la prohibición del trabajo de los niños, "asesinato a fuego lento del cuerpo y del alma de los niños", la prohibición del trabajo de las mujeres y sobre todo de las madres de familia, contra la misión natural de la mujer expuesta además a grandes peligros para su salud y moralidad. Pero bien advierte Mons. Ketteler, como luego lo haría León XIII, que todas las mejoras económicas quedaran mermadas o destruidas en sus efectos, si no interviene la religión llamada a hacer buenos a los patronos y a los obreros. "El poder del dinero sin la religión es un mal, pero no lo es menor el poder obrero sin la religión: ambos conducen al abismo".

El alma de todo el movimiento social católico alemán.

En Septiembre de 1869 Mons. Ketteler presentó la cuestión obrera ante la Conferencia Episcopal de Fulda, que era como decir, ante toda la Iglesia alemana, en una información muy importante sobre los cuatro puntos siguientes: ¿Existe la cuestión social en Alemania? ¿Puede y debe la Iglesia resolverla? ¿De qué medios dispone? ¿Cómo puede contribuir a la creciente difusión de las instituciones obreras?

Por medio de los obispos Mons. Ketteler puso en movimiento a todo el clero. Por todas partes los jóvenes eclesiásticos se apresuraron a ponerse en contacto con los obreros, agruparlos en asociaciones y multiplicar las obras de beneficencia al mismo tiempo que estudiaban la cuestión social desde el punto de vista teórico en las obras del obispo social. Al impulso de Mons. Ketteler algunos hombres de corazón y talento fundaron los **Christian-socials Blatter** (Hojas cristiano-sociales) en los que los grandes problemas sociales se exponían con tanta ciencia como sinceridad. Gracias a ellas y a la literatura social que a la vez se fué desarrollando, los sacerdotes alemanes estaban muy al corriente de las cuestiones obreras y podían entrar en liza con los agitadores socialistas. El día de las grandes luchas electorales hablaron al pueblo el lenguaje que debían y el pueblo respondió en las urnas.

El filósofo de la cuestión social. En el Congreso Católico de 1871 se dirigió directamente al pueblo en un discurso magistral en el que exponía las relaciones del **liberalismo** con el **socialismo**, y las de la cuestión social con el **cristianismo** y el año que precedió a su muerte el de 1876 resumió por última vez su pensamiento publicando su famoso Proyecto de un programa político. "Los católicos en el imperio alemán" es como el testamento político y social del obispo de Maguncia... En el capítulo, Cuestión obrera, trató de nuevo, aclaró y completó las ideas que había emitido en Liebfraun-Haide.

El Estado —dice en sustancia— no debe permanecer indiferente cuando se trata de las clases obreras. La teoría del dejar hacer liberal ha conducido a la sociedad al borde del abismo.

Doble misión corresponde al Estado con relación a los obreros: ayudarles a reorganizarse en asociaciones corporativas y protegerlos a ellos y a sus familias de toda explotación inicua. La libertad de los obreros ante los patronos sin escrúpulos es ilusoria, supuesto que no les queda otro recurso sino la sumisión o el hambre; únicamente la asociación es capaz de modificar semejantes condiciones y al Estado corresponde hacer posibles las asociaciones obreras. Mientras tanto debe el Estado proteger la vida y la salud de los obreros y sus familias.

Mons. Ketteler elegido diputado al Reichstag en 1871 por la 14 circunscripción de Badén, pide al Estado: la prohibición del trabajo de los niños menores de 14 años; la prohibición del trabajo de las mujeres casadas en las fábricas y talleres industriales; la prohibición del trabajo en las fábricas los domingos y días festivos; la fijación de una jornada normal de 10 horas para todos los obreros, la creación de inspectores encargados de vigilar la observancia de las leyes en favor de los obreros.

Categórico a la vez que moderado en sus reivindicaciones, este programa fué adoptado por el Centro, de feliz recordación, en las luchas parlamentarias de Alemania y a fuerza de energía y perseverancia, Winsdthorst y sus amigos lograron hacerlo triunfar en el Reichstag para gloria suya del obispo de Maguncia.

El fundador de obras sociales.

Mons. Ketteler continuó siendo en Maguncia lo que había sido en Beckum y en Hopsen, el padre de todos los necesitados. La primera visita que hizo en la ciudad fué al hospital y a los dos días de su consagración empezó a recorrerlos todos, yendo de cama en cama saludando y consolando a los enfermos. Trajo a la ciudad a los Franciscanos de Aquisgrán, religiosos enfermeros a domicilio de los pobres; fundó asilos para niños y para niñas, el instituto del Buen Pastor para mujeres caídas; se interesó vivamente por las muchachas de servicio; estableció el Hospicio del trabajo para mujeres pobres desocupadas, al cual añadió la Asociación de Nuestra Señora del Buen Socorro para buscarles colocación.

Su solicitud para con los obreros no fué menos industriosa que paternal. En 1951 fundó para ellos un Gesselenverein, uno de los primeros que existieron, y círculos obreros, cajas de socorros y ahorros, sociedades constructoras de viviendas baratas para obreros, en una palabra, todo cuanto había de servir de modelo a las instituciones obreras en Alemania.

Todos los años quien era gran señor convidaba por Pascua a quince pobres, teniendo el gusto de servirles personalmente y no reparaba en subir hasta las pobres buhardillas de sus pobres para dejar en ellas, a una con una palabra de consuelo, su moneda de plata. En sus 27 años de episcopado todo lo fué para sus pobres; cuanto le quedase había de ser para ellos y él mismo, el mejor de los amos, conservó 18 años a su criado, 19 a su cocinera, 22 a una nodriza y les dedicó un recuerdo agradecido en su testamento.

Mons. Ketteler, tan amante de todos los necesitados, murió como pobre. De vuelta de una visita a Su Santidad Pío IX el año de 1877, una fiebre maligna le obligó a detenerse en el convento de los pobres hijos de San Francisco, los Padres Capuchinos de Bruchausen, lejos de sus amados diocesanos, y en aquel oscuro rincón de Baviera, en una celda donde todo respiraba desnudez y pobreza, expiró dulcemente en la camilla prestada de un religioso.

El precursor de León XIII.

"Quisiera ser subprefecto" —exclamaba un día el joven Barón de Ketteler— "porque es una posición a propósito para hacer mucho bien al pueblo". Lo que soñaba de joven lo realizó de obispo.

Perfectamente se dió cuenta del nuevo sesgo que iba tomando la sociedad y entrevió los peligros que entrañaba el socialismo y el comunismo, señaló el camino que había que seguir para la solución del problema social y lo emprendió con denuedo en la teoría y en la práctica. Contra lo que se pensaba en su tiempo dominado por el liberalismo señaló al Estado sus deberes, pero viendo que no existían los hombres de gobierno capaces de elaborar y de poner en práctica un programa social que respondiese a las necesidades de la época, sus ojos se volvieron al Jefe de la Iglesia: "No espero que Dios nos ayude enviándonos un príncipe cristiano" escribía a un amigo el 18 de Julio de 1872 en pleno triunfo germánico, "pero abrigo la invencible convicción de que llegará un tiempo en que Dios enviará al mundo un Papa que sabrá despertar en la Iglesia todas las fuerzas divinas. Nada más profundamente aferrado en mi espíritu que la idea de que grandes y admirables acontecimientos serán realizados por este Papa".

Si Mons. Ketteler profetizaba la acción providencial del futuro León XIII y el de sus sucesores, no sabía que el mismo León XIII le había de considerar su gran precursor y que sería tenido como "el primero en introducir de nuevo en la economía política moderna la concepción católica y el de haber constituido con sólidas garantías de existencia un sistema fundado en la moral social del cristianismo mucho tiempo antes de que Lassalle hiciera su ruidosa aparición".

De hecho en él se encarnará todo el movimiento social católico de Alemania y en torno suyo se irá formando una escuela cuya influencia irá creciendo de año en año. Su influencia saliendo de las fronteras de Alemania y Austria se extenderá a Inglaterra y a Estados Unidos, donde los Cardenales Manning y Gibbons declararán seguir sus huellas; sus doctrinas encontraron elocuentes intérpretes y no menos elocuentes adversarios en Francia, y en la pequeña Suiza, Decurtins, uno de los más insignes miembros de su famosa Unión de Friburgo, tan célebre en el campo social católico, se constituirá en el incondicional e incansable propagandista por todas partes, en Roma, Alemania y Francia del gran obispo social de Maguncia. Todo ello se era el movimiento previamente requerido para la Encíclica "Rerum Novarum", verdadera Carta Magna de los obreros que el Papa León XIII, profetizado por Monseñor Ketteler escribirá el año 1891, y proclamará al leer sus sermones de Maguncia: "Ketteler era mi gran precursor".

"Los que acusan a la Iglesia de ir siempre a la zaga ¿qué han hecho por el obrero y por el pobre? pregunta Mons. Valladares al final de su documentado artículo". ¿Y por qué será —añadimos nosotros— que enemigos de la Iglesia han prohibido a sus sacerdotes tratar de cuestiones sociales y que sean elegidos diputados como lo fue Ketteler . . . ? Y luego cargamos todas las culpas sobre ella como si nosotros no tuviéramos ninguna.

